

La sombra del Islam en la conquista de América*

Por *Hernán G. H. TABOADA***

1 *Introducción*

DE LAS MUCHAS SUBTEMÁTICAS POSIBLES que la relación entre América y el Islam¹ deja explorar, la mayoría se hallan, por desgracia, más o menos contaminadas de enajenamiento y lugares comunes: la presencia islámica en la colonia, las influencias culturales, la migración árabe en el siglo XIX, el reciente carácter de Latinoamérica como "última frontera del Islam" etc. En todo ello el dato o la opinión infundada predominan y gustan emigrar de un escrito a otro. Lo mismo ocurre con el tema del enlace entre la conquista europea de América y la guerra islámica en el Viejo Mundo: si bien es bastante reiterada en los escritos americanistas alguna referencia a esta guerra lejana, se trata de observaciones muy al pasar que no rozan siquiera las problemáticas esenciales; la literatura dedicada al Islam las ignora en general. Es mi intención aquí rescatar y reseñar algunos puntos.

2. *Los contextos islámicos de la expansión europea*

TEMOS en primer lugar las cuestiones relativas al contexto ecuménico de la conquista transmarina europea. Cuando se empezaron a considerar, y alguien se preguntó por qué fueron los europeos los que "descubrieron" a las otras humanidades (a la vieja historiografía eurocéntrica ni siquiera preocupaba algo tan obvio: la primacía descubridora era un aspecto más de cierta universal excelencia) hubo quien señaló la contemporaneidad entre el inicio de los viajes portugueses y las expediciones chinas comandadas por Zheng He (1405-1433) o la islamización en las fronteras orientales del Índico: en el siglo XV el mundo civilizado se estaba interconociendo mutuamente, en una extensión inédita, y un espectador omnividente podía preguntarse

* Presento aquí algunas líneas generales contenidas con más detalle y referencias en el libro del mismo título que saldrá pronto bajo el sello del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y el Fondo de Cultura Económica

** Profesor UNAM, editor de *Cuadernos Americanos*. E-mail: <haroldo@servidor.unam.mx>

¹ Escribo Islam cuando me refiero a la civilización y comunidad, como en *Cristiandad*, e islam cuando quiero hablar de la religión, como en *cristianismo*

entonces quién terminaría por reunir a las semillas dispersas de la estirpe de Adán.

Dentro de este contexto más amplio de los inicios de la expansión europea (expresión forjada en el siglo XIX, que nos evita hablar eurocéntricamente de “descubrimientos”) los historiadores se vieron obligados a comparar ventajas y a concluir que ni el factor técnico ni el científico dejaban para aquella época adivinar el triunfo europeo al espectador omnividente que hemos nombrado: en muchos casos sucedía lo contrario. Quedaban los elementos impulsores: Europa carecía de metales preciosos, de especias, de tierras productoras de azúcar y de esclavos para cultivarlas, de acceso a las grandes avenidas del comercio mundial. Carencias que eran menores en las civilizaciones del Asia, las cuales por lo tanto no gozaron de este benéfico “desafío” y no se vieron empujadas hacia los mares.

La inclusión de esta perspectiva más amplia aporta mucho al análisis, pero hay un viejo argumento historiográfico que, convenientemente remozado, puede agregar a lo dicho. Según el mismo, la expansión marina europea habría sido consecuencia del corte de la ruta de las especias por obra de los turcos otomanos. En semejante unilateralidad, el argumento es inaceptable, pero readquiere algún valor si lo injertamos en la historia de un empuje secular de los europeos hacia cierto número de fronteras. Esta expansión es un largo proceso medieval iniciado en la época subsiguiente a las invasiones, y se caracteriza por el avance de hombres e instituciones en dirección de tierras incultas, de bosques, de bancos de pesca. Ello porque, debido a factores sociales internos, Europa tenía una necesidad de espacios que no tenían las otras civilizaciones, lo que se habría traducido en una dinámica social de avance ininterrumpido: cuando faltaron terrenos vírgenes o poblados por humanidades tecnológicamente débiles, los europeos se lanzaron hacia los dominios de la Cristiandad bizantina y del Islam. La Reconquista española (1085-1350), las Cruzadas (1095-1291), la fundación de los principados normandos en el sur de Italia y en los Balcanes, son productos de esta expansión, como lo es también la penetración comercial italiana en el Levante durante el siglo XIV.

Pero esta expansión fue detenida por una serie de innovaciones del lado islámico: las instituciones militares y políticas que permitieron derrotar a cruzados y a mongoles y culminaron en la creación de tres grandes imperios (los “imperios de la pólvora”, definimos con cierta vacilación), el otomano, el safaví y el mogol. Sobre todo el primero, que se mostró como un freno al colonialismo europeo en el Mar Negro y el Egeo y pasó al ataque en los Balcanes y el Mediterráneo occidental,

constituyéndose en el terror de Europa por un par de siglos. De este modo, las energías y capitales italianos e ibéricos que anteriormente se habían estado volcando hacia el oriente debieron hacerlo hacia el occidente: en 1291, el mismo año que cayó San Juan de Acre, última fortaleza de los cruzados, los hermanos Vivaldi se lanzaron al Atlántico, en busca de una ruta hacia las Indias; y Cristóbal Colón buscó aventuras en Quíos antes de elaborar su proyecto atlántico.

3. *La Cruzada en el Atlántico*

EL renacido peligro islámico hizo resucitar los proyectos de Cruzada, pero ésta fracasó repetidamente: en 1390, la mayor cantidad jamás reunida de combatientes de la fe resultó derrotada estrepitosamente en Nicópolis por los turcos. Cercadas, las dispersas cristiandades buscaron ayuda entre sí: hubo embajadas georgianas y abisinas a España e Italia en el siglo xv, y, más conocidos, esfuerzos repetidos de la Cristiandad latina por alcanzar la alianza de poderosos reyes en el oriente, el Preste Juan o el Gran Khan. Estos dos fabulosos dinastas conocieron nueva popularidad en el siglo xv, el de los comienzos de la embestida otomana, y tanto Colón como otros navegantes los nombran; incluso muy tarde, en el siglo xvi y en el xvii, encontramos distraídos exploradores que siguen sus presuntas huellas en el Caribe o Canadá.

Se ha hablado por ello de una “estrategia de contracerco” de la Cristiandad latina, que esperaba tomar el Islam por las espaldas: mucho de fantasía historiográfica hay en la expresión, pero no tanta como para impedirnos encontrar en fuentes de la época formulaciones que se le parecen, como la carta de Manuel el Afortunado a los Reyes Católicos (1499) anunciando la llegada a la India de Vasco de Gama, u otra carta enviada al rey de Portugal por la regente Irene de Abisinia (1514); en estos documentos la concepción de una estrategia mundial no está ausente, como tampoco lo está del fraseario de las dos potestades universales de la Cristiandad latina, el papa y el emperador, protectores ambos de esquemas para alcanzar a los musulimes por las espaldas rodeando mares desconocidos.

No nos extraña entonces ver en las primeras expediciones atlánticas lusoitalianas un fuerte componente de lucha religiosa. La definición historiográfica decimonónica del infante Henrique como un príncipe letrado del Renacimiento, fundador de una supuesta Escuela de Sagres, o una motivación especiera temprana para los viajes africanos, todo ello debe ser severamente repensado. Vemos en efecto que el primer contexto de la expansión portuguesa es el de la lucha religiosa y el

aqueo caballeresco en los mares, como lo prueba la participación de la monarquía lusitana en otras confrontaciones con el Islam, o el protagonismo de la Orden de Cristo (organización militar destinada a luchar contra los musulimes) en los viajes de exploración; por ello reencontramos más tarde numerosos ideologemas de la Cruzada entre los capitanes portugueses en el Índico y en Brasil.

Esta ideología no era incompatible con la búsqueda de ganancias ni el espíritu más o menos capitalista que se atribuye a la empresa portuguesa en el Atlántico y el Índico, pero los hechos bélicos (desde la captura en 1415 de la marroquí Ceuta, primer paso en la expansión africana de Portugal), su traducción historiográfica (en Zurara tenemos un recuento más de hazañas caballerescas que de exploraciones burguesas), su geopolítica (que encaró en Duarte Galvão, muerto en 1517, estrategia de una gran alianza bicontinental antiislámica), evidencian cómo la lucha religiosa fue reciclada por los portugueses de la expansión, a pesar de la insistencia de muchos autores modernos que extrapolan para su explicación los moldes del imperialismo burgués decimonónico.

Y este componente de lucha religiosa perduró también en la expansión americana de los portugueses y los castellanos: Colón mismo acusa una fuerte influencia portuguesa, que para nuestro caso es visible en la bandera con una cruz que enarbolaron las tres carabelas, tal como las naves portuguesas ondeaban la crucífera bandera de la Orden de Cristo.

4. Las Reconquistas y Cristóbal Colón

HEREDERO de los portugueses, Colón también lo fue de otros ambiguos contactos con el Islam: la sospecha de alguna influencia de la ciencia islámica en su proyecto ya ha asomado muchas veces, y algunos elementos de prueba se pueden aportar: noticias sobre islas al occidente en la tradición marinera andalusí, mapas islámicos que muestran una enigmática península al oriente de Java, ciencia geográfica y técnica marinera.

Sin embargo, la actitud básica de Colón frente al Islam fue de rechazo, como puede verse en circunstancias de su vida y en las abundantes menciones en sus escritos. La tradición genovesa era fuertemente antiislámica, a diferencia de la veneciana, y además las primeras aventuras de Colón en el Egeo y en Guinea lo pusieron en contacto hostil con los musulimes. En España, su llegada coincidió con la reinvencción de la Reconquista durante la Guerra de Granada (1482-1492).

Todas estas experiencias se tradujeron en las alusiones de los escritos colombinos a la guerra santa contra los musulimes, a la toma de Jerusalén, a profecías relativas a la destrucción del califato y al aporte que su empresa significaría en forma de riquezas o de la alianza con los potentados asiáticos antes mencionados, el Preste Juan y el Gran Khan. Los sostenedores de un carácter religioso y hasta místico de Colón han subrayado estas expresiones en sus escritos. Posiblemente deban matizarse, considerando que un vocabulario de lucha antiislámica era muy útil para quien presentaba un proyecto en la corte de los dinastas que acababan de ser nombrados Reyes Católicos por su hazaña granadina.

Y debe observarse con la misma intención contextualizadora que la empresa colombina correspondió a un momento de tregua de los ataques otomanos, cuando el sultán Bayazid II (1481-1512) debió ocuparse de problemas internos y de las fronteras orientales. También fue Bayazid el organizador de la flota otomana y una leyenda tardía recogida por Evliya Chelebi (s. xvii) nos dice que fue al potentado otomano a quien ofreció primero Colón su proyecto, antes de dirigirse a los monarcas de Europa.

Después de Bayazid, Selim el Terrible (1512-1520) y sobre todo Solimán el Magnífico (1520-1566) reanudaron los ataques a la cristiandad, que debió ocuparse nuevamente de este terrible peligro y se cuidó por unas décadas los nuevos territorios alcanzados en un momento de sopor islámico.

5 El Turco en las Indias

POR lo dicho, es natural que los europeos que llegaron a América tuvieran como principal referente la lucha islámica en el Mediterráneo. Cantidad de topónimos o de rastros escriturarios traducen en efecto la sospecha de que también aquí, como antes en la costa africana o en el lejano oriente asiático, los cristianos hubieran sido precedidos por los musulimes: se veían sus huellas en costumbres de los indios, en nombres de lugares o de tribus. Con el tiempo se fueron deshaciendo estas sospechas, pero persistió el temor que el Turco, vencedor en Europa, quisiera avanzar hacia las Indias: eso decía cierta literatura panfletaria, eso temían algunos círculos virreinales y eso asomaba en bromas o paradojas entre los conquistadores o resultaba en expresiones que ampliaban los poetas.

Si rastreamos del lado del Islam, éste no ignoró la llegada de los europeos a nuevas tierras: algunos productos americanos, benéficos

como el maíz malignos como la sífilis, fueron tempranamente conocidos desde el Magreb hasta Indonesia. Los judíos escapados de España, los renegados cristianos, los espías de Ragusa o del Danubio aumentaban continuamente las noticias. Del botín de barcos europeos o de la compra en Venecia, el principal mercado de mapas de entonces, se obtenía una cartografía reveladora. Y hubo escritores que recogieron y difundieron estas noticias.

En el plano de la cartografía, tenemos el mapa del almirante otomano Piri Reis (1513), justamente famoso, quizás el más antiguo que incluye América y con rasgos misteriosos que han hecho surgir una abundante literatura de historia-ficción. En la historiografía hay menciones del "descubrimiento" en algunos cronistas y una asombrosa obra turca publicada en torno a 1580, el *Tarij-i Hind-i garbi*, traducción y adaptación de las noticias contenidas en las ediciones italianas de algunos cronistas importantes: Pedro Mártir, Gómara, Oviedo. Este libro conoció traducciones al persa y al árabe y, acompañado de primorosas ilustraciones, se convirtió en la base del conocimiento islámico de América hasta el siglo XIX.

Aunque los miedos cristianos a un ataque francoturco al Caribe nos parezcan fantasiosos, hubo una muy pequeña presencia de musulimes en las Indias, llegados de distintas partes y por distintas circunstancias: el caso más famoso es el del capitán Zapata, minero del Potosí que residió en el argentífero cerro y de él salió rico, para revelar más tarde que en realidad su identidad era fingida y se trataba de un turco encubierto. La historia es sospechosa, pero hay documentos inquisitoriales que nos presentan otras menos novelescas.

De todos modos, se trató de algunos individuos: la amenaza más real a las Indias era el acecho constante de los barcos piratas en aguas de las Canarias o Portugal: cantidad de riquezas y personajes americanos cayeron en sus manos en el siglo XVII y entre los numerosos cautivos de Argel se nos señalan algunos indios de Brasil.

6. Temores y esperanzas

ESTA presencia marginal del Turco en Indias fue compensada con creces por su ubicuidad en el imaginario. Se creía ver musulimes entre los indios, convertidos en caciques, se sospechaba que los negros esclavos venían inficionados y difundirían el islam, se sospechaba que tras la conquista de Egipto el sultán Selim el Terrible tenía una firme base para avanzar hacia las Indias, y que el Brasil estaba peligrosamente cerca de las costas de Berberia.

Pero había también quien pensaba que las Indias eran en realidad una salvación ofrecida a los cristianos cercados: una recompensa por la expulsión de los moros de España, una especie de consuelo por las pérdidas que el cristianismo sufría en Europa, una fuente de recursos para usar contra los turcos: madera, metales preciosos, hombres. Las obras de teatro misioneras estrenadas en México en 1537 mostraban a ejércitos de indios lanzados a conquistar Jerusalén. Quien más bordó sobre estos temas fue Tommaso Campanella (1568-1639), quien aconsejaba a los reyes de España cantidad de medidas destinadas, por ejemplo, a poblar con indios varias ciudades que se fundarían en África para contener a los moros.

Y por fin, una veta de interpretación veía con pesimismo la decadencia de la Cristiandad en el Viejo Mundo y profetizaba su ruina ante los musulines y el traslado de la Iglesia hacia el Nuevo: fue Francisco de la Cruz, dominico criollo peruano quemado por la Inquisición en 1578, quien mayores desvelos dedicó a estas elucubraciones. Llegando a pensar que después de la derrota ante los turcos, la verdadera Iglesia se trasladaría a Perú, donde los indios serían su nuevo pueblo, el hijo de Francisco su papa y él mismo su profeta.

7. La riqueza indiana

Si lo anterior se nos antoja muy fantástico, más creíbles eran y son las suposiciones sobre la ayuda monetaria que las Indias podían brindar en la lucha con el Islam. Ya desde que Fernando el Católico utilizó algunos envíos del Caribe para sus planes norteafricanos se fue abriendo camino la idea. En 1535 la victoriosa expedición de Carlos V contra Túnez recurrió al embargo de los tesoros de Atahualpa, y en las décadas siguientes varias campañas militares en el Magreb o Filipinas fueron financiadas con metal indiano, que también subsidió la defensa de la frontera otomana de los Habsburgo.

Este papel de las riquezas americanas fue ensalzado por los coetáneos, especialmente los criollos que veían de esta forma cómo las Indias participaban monetariamente en la defensa de la Cristiandad, y expresiones semejantes se hallan en tratamientos generales de nuestros días. En cambio los estudiosos más especializados reducen las cifras, señalando que eran menores de las que se obtenían en los dominios europeos. Ello es cierto, pero la facilidad con que se recaudaban fue una gran ayuda en la carrera armamentista contra el Turco, dinasta mucho más rico que los europeos y que podía con mayor celeridad que éstos poner en movimiento el costosísimo mecanismo de las galeras de guerra.

Otra cuestión es la relativa a los efectos que los metales americanos tuvieron sobre el Islam. Se ha interpretado que significaron aguda inflación en el imperio otomano, del mismo modo que en Europa, y esta inflación llevó a descontento social y por fin a la decadencia militar. Pero tal razonamiento parece ser muy precipitado y está siendo corregido por estudios basados en los ricos archivos otomanos.

Sólo en líneas muy generales se puede sostener entonces alguna relación, apuntando que la expansión europea brindó la posibilidad de explotar minerales, bosques y mano de obra en gran escala, con lo que la balanza de fuerzas se fue inclinando del lado europeo y dicha explotación fue permitiendo esos logros que llamamos modernidad, capitalismo e industrialismo. Pero esto cae en la filosofía de la historia. Más certero es que la conversión masiva de los americanos permitió que la balanza poblacional iniciara un paréntesis de superioridad numérica cristiana frente al Islam, paréntesis que tiende a cerrarse en el siglo XXI.

8. Los dos occidentes

LA gran confrontación entre la Cristiandad y el Islam en el Mediterráneo finalizó hacia 1580, cuando ambos adversarios establecieron una especie de tregua, resultado del agotamiento que impuso a ambos el aludido sistema de guerra marítima basado en las galeras. Quizás el acontecimiento decisivo, más que la batalla naval de Lepanto de octubre de 1571, haya sido la campal de Alcazarquivir de 1578, cuando el rey Sebastián de Portugal fracasó en su intento de conquistar Marruecos, pero al mismo tiempo se hundían las esperanzas otomanas en aquel sultanato, y con ello los otomanos se veían cortados del Atlántico.

Desde entonces los otomanos se dirigieron a otros frentes, a los Balcanes y al Cáucaso, y su expansión aminoró la marcha; en la misma época España, que había tenido una vigorosa política magrebi, empezó a volcar todas sus energías hacia América. El Mediterráneo, frontera hasta entonces porosa, donde por siglos solían intercambiarse influencias, se transformó en la frontera civilizacional que es hasta ahora: por un lado España, crecientemente atraída por el mundo noratlántico, y por otro el área árabo-beréber, que terminó siendo reconquistada por el Islam del oriente.

Lo es que el imperio otomano entrara en decadencia, como se empezó a decir entonces y se repite hoy a cada momento. Pero el débil impulso hacia una estrategia marítima se fue apagando. Es muy dudoso que de haber llegado a Marruecos se hubiera lanzado hacia América, como se ha sostenido, pero sin duda su política se fue haciendo más

terrestre y menos marítima. Con ello, la labor de hostigar la navegación entre España e Indias quedó a cargo del sultanato marroquí, que sólo pudo significar una molestia menor, y aun ésta fue disminuyendo en intensidad, a pesar de planes holandeses o ingleses de alianza con Marruecos para realizar un ataque conjunto a la península ibérica y a sus posesiones americanas.

El Islam se fue así olvidando de América. El interés que había llevado a la publicación del *Tarij-i Hind-i garbi* menguó, de lo cual es prueba que el libro se imprimiera nuevamente en 1720 como si se tratara de noticias recientes de América. España, como fue dicho, se fue olvidando de África del norte, cuyo camino sólo iba a recomprender en el siglo XIX, cuando ya había perdido sus posesiones americanas. Aunque había muchos propagandistas de expediciones contra los musulimes, tenían poco público ante las grandes oportunidades de negocio y aventura guerrera o espiritual que ofrecía América. Y hacia ese occidente dirigió sus energías España, al tiempo que el Magreb (que en árabe quiere decir "occidente") se convertía así para los otomanos en una especie de frontera donde los campesinos de Anatolia o los Balcanes podían encontrar fortuna, "como los españoles en las Indias", para retomar la frase de un autor de la época.

9. De una frontera a otra

Lo dicho parece enlazar de alguna manera con las propuestas que se han hecho (ya por parte de los coetáneos) de alguna continuidad entre la llamada Reconquista en territorio peninsular y la Conquista de América. Al respecto se han señalado el engarce epocal (1492) junto a varias instituciones y abundante lenguaje que de un territorio pasaron a otro: la encomienda ya existía en la frontera mora, Santiago Matamoros se transformó en Santiago Mataindios etcétera.

Estas continuidades, sin embargo, son más aparentes que reales. Los conquistadores rara vez habían tenido alguna actuación en la Reconquista y en general su experiencia previa contra infieles, cuando la había, era en otros campos de batalla del Mediterráneo. Sus alusiones a la Reconquista tenían origen en recuerdos familiares o en la abundante literatura de caballería de la que eran, como es bien sabido, asiduos lectores. Más que una continuación individual, es posible postular que una muy antigua forma de vida había llegado a su fin en el Viejo Mundo con el cierre de la frontera, al tiempo que nuevas posibilidades se abrían en el Nuevo.

Lo apoya el hecho que llegaron a América, junto a migrantes españoles, aventureros provenientes de otras fronteras con los musulimes: había griegos, ragusinos, malteses, húngaros. Todos ellos, como los españoles, se apartaban de la aventura que había entretenido a sus antepasados. Es significativa al respecto la carrera de un Hernán Cortés, cuyos ancestros habían militado en la guerra extremeña contra los moros, y de la cual heredó Cortés rasgos de estrategia y no pocos prejuicios.

Claro que la historia personal misma de Cortés nos señala que las hazañas americanas no alcanzaron el prestigio de las tradicionales: tanto él como Fernández de Oviedo soñaron siempre con coronar sus guerras indianas con la otra guerra por excelencia, y la leyenda cuenta que cuando Cortés quiso ponerlo en práctica participando en la expedición a Argel de 1541 vio que sus consejos eran tomados en menos por sus compañeros de armas, convencidos que sus hazañas en México habían sido contra un enemigo mucho menor, hombres desnudos incapaces de usar las armas de fuego.

Pero la aventura americana sustituía esta menor cantidad de gloria con las más abundantes oportunidades, sirviendo también como sustituto de una vocación que por siglos habían sentido los europeos, la de ir a servir en las filas de los enemigos musulimes. La carrera de John Brown es aquí la ejemplar: este aventurero inglés guerreó bajo la bandera de la Media Luna en los Balcanes y en Marruecos antes de ir a las colonias del norte de América y convertirse en el legendario amor de Pocahontas.

10. Del orientalismo al americanismo

Si América parece haber tenido un papel hasta ahora poco explorado en la confrontación de la Cristiandad con el Islam y en la construcción de las bases de la hegemonía europea, también lo tuvo en la conformación del eurocentrismo como doctrina legitimadora de esta hegemonía.

Por siglos, la etnografía europea había sido en sus rasgos generales poco distinta a la de los musulimes, sólo que con un signo opuesto: concebía una humanidad abrahámica, compuesta por los adherentes a los tres grandes monoteísmos, que compartían algunas creencias básicas, luego una humanidad adámica que los rodeaba, los descendientes de Adán, humanos pero bárbaros, y un cinturón de seres cada vez más bestiales. Una etnografía relativamente simple, donde el Otro por excelencia era el Moro, conformaba esta primera forma de lo que después sería el orientalismo, criticado en nuestros días por Edward Said.

Esta visión se hizo cada vez más compleja desde el siglo xv. Los cambios en la etnografía se estaban dando ya antes de la llegada europea a América: no se debían sólo a los viajes de exploración, pero ésta tuvo un papel principal: al parecer, el encuentro con el Otro incitaba a la descripción y ésta a nuevas descripciones. De este modo la producción etnográfica aumentó enormemente y los moldes estallaron. Pocas nociones mitológicas subsistieron (aunque todavía por siglos se siguieron entreviendo Amazonas o grifos en Indias) y hubo una enorme ganancia en el número de descripciones y en su precisión y veracidad.

En este proceso se dio también un “descubrimiento” del Islam, que siempre había sido un vecino pésimamente conocido. Los europeos empezaron a describir y apintar a los egipcios o a los sirios con creciente precisión, y lo mismo hacían con canarios o senegaleses. Con ello el Moro conservó por un tiempo su posición privilegiada del Otro por excelencia; tanto que sus rasgos sirvieron más de una vez en la descripción de la realidad subsahariana o americana.

Junto a ello se dio una revolución en los recursos para explicar este Otro: el método comparativo, que fue llegando paulatinamente a conformar el esquema evolucionista al que estamos acostumbrados. Los europeos se situaron en el vértice de una escala evolutiva en la que los demás ocupaban escalones más o menos alejados. La etnografía se hizo mucho más compleja y el Otro asumió formas más variadas; junto al Moro, imagen de la alteridad inasimilable, tomó forma el Americano, alteridad benévola o por lo menos inocua, y que se podía asimilar. En ambos espejos por ella contruidos se asomó alternativamente Europa durante su carrera hacia la hegemonía mundial.

11. Conclusión

LA conquista de América tuvo lugar al mismo tiempo que una confrontación en el Viejo Mundo y en la cual la Cristiandad veía jugarse su existencia misma. Esta coetaneidad tuvo su trascendencia. Por ello, cuando se quieren considerar los lazos entre la historia del Islam y la del Nuevo Mundo, considero poco fructífera la búsqueda en dirección de supuestas herencias: se nos dice que la arquitectura mudéjar, la cocina mexicana o el carácter brasileño derivan de una fuerte influencia islámica. Todo ello es sumamente dudoso. Más revelador, a mi juicio, es el rastreo de las manifestaciones de ese espíritu que guió la confrontación aludida. Los americanos empezamos a compartir los tiempos del mundo como comparsas atónitos de una guerra lejana e incomprensible, y ese papel hemos seguido desempeñando con extraña perseverancia.